

## El hombre en Cervantes

Si tienes el dón de la ubicuidad, y puedes oír tantos ditirambos que ahora te endilgan, seguramente debes sentirte, otra vez fastidiado. Tú no eras de los que sienten hambre de elogios vacíos de afecto sincero; tú no necesitabas intercambiar plácemes con aquellos ostentadores de boato inútil: no eras un intelectual superficial y vacuo: sentías ante todo, que tu dignidad te impedía compartir las intenciones equívocas de aquel mal llamado Siglo de Oro español.

Supiste comprender el destino, como Beethoven, como Leonardo, y buscabas más que medios, fines. Y, con tu personalidad saturada de sanas intenciones, combatiste aquello que creías malo y sintomático. Ante tanta adversidad e incongruencia, le sonreías al sino... Tu teatro, noble y serio, es anulado por el fácil de Lope; tu poesía, tal vez demasiado grave y elevada, no puede encajar en aquel ambiente barroco, ramplón y falso; tus novelas, son anuladas por la literatura sexual e inverosímil acerca de aventuras caballerescas.

Los magnates de la Iglesia, y los de la Corte, y los de la pillería, te acogotan, te aislan, te persiguen, y, sin embargo, no tienes frases de rencor para ellos: los críticos, en un enfoque global, por medio del bendito Don Quijote, de aquel lugar de la Mancha—del cual no quieres acordarte, y tú sabes por qué—haciéndole decir lo que el cuerdo no podía, por miedo a la hoguera del Santo Oficio y a los sayones de aquellos Felipes paranoicos. Y es que hay que saber leer el Quijote. No al estilo del estudiante del Manzanares, sino del hombre preparado que sabe ver en el libro un desahogo de aquella alma perseguida por los hombres y por los dioses, y, al mismo tiempo, un tratado popular de filosofía práctica.

No fuiste un personaje barroco al estilo de Lope, Argensola, Góngora y hasta Quevedo. Fuiste un ser pleno de dignidad, superior al medio que no adulaste ni te envileciste practicando un servilismo asqueroso. Venciste al tiempo, porque fuiste y eres y serás presente. Los ahudidos, excepto Quevedo, serían hoy campanudos académicos franquistas: tú, un errante más, que llevarías por el mundo la semilla del verdadero pensamiento que no puede someterse a arbitrariedades de déspotas ni a limitaciones de criterios raquíticos.

Como soldado, no te detiene el peligro; como cautivo, te das a los demás, pese a las maquinaciones de aquel fraile que por escarnio se llamaba Blanco de la Paz; como artista, sufres, con paciencia, los ataques de aquellos que no soportaban un superior, y como hombre, dejas en los caminos lágrimas por la gran incomprensión de tu pueblo. Aquel Avellaneda, mitad Lope, mitad Aliaga, tuvo el acierto, al herirte soezmente, de avivarte y hacer que produjeras, antes, muy poco antes de dejar este mundo, la segunda parte de tu Don Quijote. Pero, de todos modos, si no hubieras escrito tu obra cumbre, hubiera quedado tu Persiles, y sin ésta, tu Numancia, y si ésta no hubiera salido de tu mente, tus Novelas Ejemplares y en fin, si nada hubieses escrito, hubiese quedado tu personalidad, emblema de dignidad y de serenidad. En cambio, aquellos que te detractaron, despojados de lo poco bueno que hicieron, cómo quedaban?. Con razón tú sí podías decir:

*Post Tenebras Spero Lucem.*

Lorenzo Vives B.

